

estos de gravas y lodos de la misma edad. Pues bien, no solamente no fué así, no solamente llanuras yuxtapuestas están unas provistas y otras desprovistas de lodo, sino que en *todos* los flancos de los valles vemos escalonarse arenas, gravas y lodos *de diversas edades*, en general tanto más antiguos, cuanto se hallan á mayor altura, y tales que ninguno de ellos (por lo menos los depósitos limosos), hubiera podido subsistir en presencia de una inundación que abrazase toda la tierra... En un valle no se encuentra jamás otra cosa, sino depósitos que vienen de las partes superiores de la misma cuenca... Lo que la Paleontología y la Historia Natural enseñan, es la perfecta *continuidad* del mundo vegetal y animal entre el fin de los tiempos terciarios y la época actual.»

No se muestra el *eminente* geólogo menos adversario de un diluvio parcial: «Los fenómenos de distribución del lodo y de las gravas, añade en otra respuesta (1), son los mismos, no sólo en Europa, sino también en toda la América del Norte, en toda el África del Norte y en todo aquello que no es conocido del Asia... No conozco ningún país que esté en discordancia con los otros, relativamente al modo de distribución de los depósitos superficiales. Sólo en la Siberia es donde la extinción del mammut parece haber sido abso-

(1) *Ibid.*, p. 68 y 69.

lutamente brusca, puesto que los últimos individuos de esta especie han sido á veces conservados con su carne en el lodo siberiano... En todo caso hubo allí una extinción, pero no una renovación subsecuente de la fauna así desaparecida.»

Firmemente persuadido el Sr. Jaugéy de la *indiscutible exactitud de esas afirmaciones*, se ve precisado á reconocer «ó que el diluvio mosaico (que necesariamente debió cubrir, por lo menos una parte notable de los continentes) no existió, ó que no se produjo según las leyes naturales, como las otras inundaciones estudiadas por los geólogos.» Lo primero es herético; es forzoso en consecuencia decidirse por lo segundo. Así, pues, no se desdeña de sentar las siguientes frases, que unos han recibido con sonrisa y otros con indignación: «Sucede con el diluvio, escribe (1), lo que con *todos los otros milagros del orden físico*, narrados en los libros santos, tales como el paraíso terrenal, el estado de los animales sometidos al hombre inocente, el paso del mar Rojo, el detenerse el sol por orden de Josué, la estrella de los magos, etc.; ninguno de ellos, que nosotros sepamos, ha dejado señales científicamente comprobadas en el mundo material.» A todo esto y á otras cosas muy curiosas fué conducido el ilustre señor

(1) *Ibid.*, p. 70. Véanse también los números de Enero, Febrero y Abril de 1888.

Jaugey en virtud de la firme fe que tenía en su *eminente geólogo*. Mas este será todo lo eminente que se quiera, pero no sabemos que sea infalible, ni mucho menos. Y á juzgar por la muestra, tenemos derecho á decir que debe ser uno de los sabios que en menor grado han recibido el dón de la infalibilidad. Sus observaciones distan mucho de la exactitud debida, y algunas son manifiestamente falsas. El abate Hamard, geólogo de reconocido mérito, hacía la siguiente réplica (1): «Confieso que yo no sería, de ningún modo, tan afirmativo. Me parece que en todos los países hasta ahora explorados, se han hallado, por encima de las grandes formaciones terrestres, aluviones, que evidentemente son debidos á inundaciones inmensas. Los antiguos geólogos lo han comprendido tan bien, que calificaron á estos terrenos de *diluviales*. No constituyen, es verdad, una capa continua; no se les halla, sino por manchones de desigual extensión; *pero un diluvio, por muy universal que se le suponga, no hubiera obrado de otra manera*. No es necesario estudiar muy á fondo el régimen de los ríos y de los torrentes, para saber que sus aguas no depositan, sino en diferentes parajes, es decir, donde se detiene su curso, los materiales que llevan en suspensión.» (2)

(1) En la misma *Science Catholique*, Febrero de 1888, páginas 170 y 171.

(2) De una manera análoga se expresaba el mismo Lyell.

Nosotros añadiremos por nuestra parte, con la inmensa mayoría de los geólogos, por no decir con todos ellos, que las formaciones diluviales se encuentran en todos los países conocidos, en los valles, en los terraplenes ó terrazas de las laderas, en las mesetas y á veces hasta en montes muy elevados. Las que fueron originadas por el diluvio bíblico debieron guardar cierta analogía con todas las demás, debidas á las grandes corrientes cuaternarias, y acumularse con preferencia en los mismos parajes. Y así las hallamos, en realidad, coronando á todas las otras, según hemos probado á su tiempo. Verdad es que la prodigiosa inundación universal debió cubrir de una capa de lodo todas las llanuras *sin excepción*, pero también lo es que las cubrió realmente, y no sólo las llanuras, sino también las montañas, y por eso lo hallamos en todas partes, á no ser en aquellos puntos en que no pudo resistir á las lluvias ó corrientes, que lo fueron arrastrando poco á poco, como siguen arrastrando ahora mismo el que aún permanece en su natural yacimiento. El mismo hecho de encontrarse aun hoy el lodo en tanta abundancia en los valles, en las terrazas, en las cavernas, en las mesetas y en

cuando, refiriéndose al diluvio bíblico, y con un ánimo bastante hostil, escribía (*Manuel de Géologie*, t. 1, cap. 1): «Puede suponerse que una inundación pasajera dejara *acá y allá* en pos de sí algunos montecillos *aislados* de lodo, de arena, de guijarros, confusamente mezclados con conchas.»

las altas esplanadas, es decir, en todos los parajes de donde no pudo ser fácilmente arrastrado, prueba que se depositó del mismo modo en todas partes. Mas no por eso tenemos derecho á buscarlo, por ejemplo, en las laderas, de donde debió irse deslizando hacia los valles á impulso de la más ligera lluvia.

No es cierto, ni lo admiten ya en el día los más notables geólogos (1), que los depósitos diluviales son tanto más antiguos cuanto á mayor altura se encuentran; el loes, que es el último de todos, es precisamente el que se encuentra á mayor elevación (2).

Pues bien. ¿Qué corriente fué aquella, que, al finalizar la edad del *E. primigenius*, pudo depositar una espesa capa de loes, hasta en alturas de 1500 metros en Europa y de 3500 en el Asia? Entonces los valles estaban ya escavados hasta la misma profundidad que tienen ahora (3). Una inundación que pudiera cubrir

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1239 y 1240; Chouquet, *Mémoires pour l'hist. primit. de l'homme*; Ameghino, *Bull. Soc. géol. de France*, 3, 1X, p. 242.

(2) "Mientras mayor va siendo la elevación, más raras se van haciendo las arenas y las gravas... Pero el loes no falta nunca, y corona las alturas de una capa uniforme... La distribución del loes es completamente independiente de la altura. Se le observa desde el nivel de la mar hasta 1500 metros en Europa y hasta 3500 en la China... Lapparent, *ibid.*, p. 1238 y 1242. En algunos puntos de América, por ejemplo en Bolivia, parece alcanzar hasta la altura de 4000 metros, según el Sr. Vilanova, *Geología*; p. 369.

(3) V. Lapparent. *Traité de Géologie*, p. 1275.

las montañas, por lo menos hasta las mencionadas alturas, no pudo ser otra que el diluvio universal. «Un origen exclusivamente fluvial, escribe á este propósito un sabio apolo-gista (1), no parece dar cuenta suficiente de la inmensa extensión del diluvium sobre todos los puntos del globo, ni menos de la altura á que se eleva en el flanco de las montañas. Los ríos cuaternarios, por muy anchos y muy impetuosos que se les suponga, no pudieron producir tales efectos, ni llegar á semejantes niveles. Si hubieran tenido esta potencia, no serían ya ríos; serían vastos mares sumergiendo los continentes.»

Por lo que hace al hecho de hallarse intactos los depósitos más antiguos, debiendo haber sido removidos por las aguas del diluvio universal, que se retiraron con extrema rapidez, debemos decir que ambas afirmaciones son bien inexactas. Los depósitos diluviales se hallan con gran frecuencia removidos, encerrando, confusamente mezclados, fósiles de épocas muy distintas. En esto convienen los geólogos (2); y de ahí precisamente la gran dificultad de reconocer los terrenos cuaternarios, pues rarísimas veces se les encuentra del todo intactos. Ese removimiento de materiales antiguos y esa mezcla de fósiles hete-

(1) El abate Thomas, *Les Temps primitifs et les origines religieuses*, t. II, p. 221.

(2) Lapparent, *obra*, cit. p. 1232, 1240, 1241.

rogéneos, no lo dudamos, provienen, por lo menos en gran parte, del diluvio; pero no de la segunda fase, que, según se colige del relato bíblico, y según dejamos probado, fué relativamente calmada y tranquila, y duró muchos meses, en los cuales las aguas se fueron retirando con *extrema lentitud* (1) y no pudieron depositar más que loes homogéneo; provienen de la primera y violenta fase de corrientes impetuosas, análogas, aunque en mucho mayor escala, á las primitivas cuaternarias. Si pues estas, á pesar de haber sido también muy impetuosas, respetaron á casi todos los depósitos movedizos anteriores, ¿por qué se ha de pretender que el diluvio no respetara á ninguno de ellos, y que los trastornara á todos sin excepción? Debe tenerse muy en cuenta, que los efectos dinámicos del agua no dependen tanto de su abundancia, cuanto de la rapidez de la corriente; y ésta, en la inundación universal, vino á ser muy insignificante, desde el momento en que la mar hubo invadido la tierra firme.

Por lo que hace al loes, que es en el que, según el eminente geólogo, menos pudo subsistir en presencia de semejante inundación, mal podría ser arrastrado, siendo así que aún estaba por formar, puesto que, según de-

(1) V. al abate Thomas, *Obra citada*, p. 221; y á Cornelio A Lapide, *In Genes*. VIII donde úice: «*Valde enim lente decrevissent aquas, patet ex eo quod post quietem arcae mense septimo, décimo tandem mense apparuerint cacumina montium.*»

jamos demostrado, todo él se depositó al finalizar el diluvio. Si nuestro adversario lo reconoce, y afirma expresamente que la inundación universal *debió dejar las llanuras cubiertas de todo*, ¿cómo se atreve á decir en seguida que *por lo menos el todo, no pudo subsistir en presencia de ella?* ¡Vaya una lógica bonita!

Nos dice también, con tono magistral, que jamás se ensuentran en un valle otros depósitos (excepto los glaciales), que los que provienen de las alturas de la misma cuenca; pero la Geología no dice eso, lo que enseña claramente, y lo que sin cesar repiten á coro todos los geólogos (1), excepto nuestro *eminente* adversario, es que el *loes es completamente independiente de la naturaleza del terreno*, que en todos los puntos del globo conserva una maravillosa constancia en la composición, sin relacionarse nada con la de las rocas vecinas. Se nos tachará de dureza para con un sabio, pero la verdad siempre es austera; y el *anónimo eminente* que, con afirmaciones tan categóricas como atrevidas é insostenibles, en una materia de suyo delicada y peligrosísima, ha hecho vacilar á mu-

(1) «Al paso que los elementos de las gravas varían según la naturaleza de los terrenos de las vertientes inmediatas, el *loes*, en cualquier punto de la zona templada que se le observe, ofrece la más notable uniformidad de composición, de textura y de estructura.» Lapparent, *obra citada*, p. 1242. V. Richthofen, *Geol. Mag.* 1882, p. 293.

chos y ha levantado una negra polvareda, bien merece que se le canten algunas verdades claras, para que otra vez piense mejor lo que diga y no cometa ligerezas tan perniciosas.

Estamos, sin embargo, bastante conformes con él en lo que dice de que «no conoce ningún país que esté en discordancia con los otros, relativamente al modo de distribución de los depósitos superficiales»; y más aún en la consecuencia rigurosa que de ahí se deduce, conviene á saber, que no puede comprobarse la existencia de un diluvio *parcial*.— Pero se comprueba muy bien la de uno *universal*, que lo cubrió todo, sin más excepción que, á lo sumo, algunas elevadas montañas; y este es el diluvio que buscamos, y el único que nos enseña la Biblia.

Por lo que mira á la *perfecta continuidad* de las faunas y las floras, ya hemos hecho constar á su tiempo (1) que desaparecieron muchísimos é interesantes tipos; más adelante (2) volveremos á tratar detenidamente la cuestión, y se verá claro que esa ponderada continuidad, tan lejos se halla de ser *perfecta*, que apenas si merece el nombre de *muy imperfecta*. Por ahora nos contentaremos con recordar las conocidas y profundas diferencias entre la fauna y la flora de la edad del

(1) V. §. XI de este artículo.

(2) V. Cap. 5.º, art. 2.º, §. II.

reno, que eran completamente hiperbóreas, y las de la edad del *E. primigenius*, que casi pudieran llamarse tropicales. Pero dado que la continuidad fuera mucho más perfecta de lo que es realmente, bastaba con reconocer aquí y allí alguna que otra elevada montaña, más ó menos libre de la universal ó general inundación, para que toda sombra de dificultad quedase completamente desvanecida (1). En esa hipótesis, que discutiremos más adelante, y que desde luego está muy conforme con la Geología, la cual nos muestra los efectos del diluvio hasta alturas considerables, pero limitadas, se da perfectamente razón de por qué los animales y aun las plantas que poblaron la Europa inmediatamente después del diluvio, eran, al menos en su inmensa mayoría, de los que ahora viven en las regiones polares ó en las altas montañas; pues habiendo quedado estas preservadas del cataclismo, los seres que en ellas moraban, pudieron luego descender libremente á las llanuras, que nadie les podía disputar. Si bien es preciso tener además muy en cuenta el notable cambio del clima, con que se inauguró la edad del reno; á pesar de que este clima no llegaría quizá á ser tan frío y riguroso, como pudiera suponerse, no teniendo presente el hecho de la preservación de las montañas.

(1) V. al abate Hamard, *La Science Catholique*, Febrero de 1888, p. 172; y al abate Thomas, *Les Temps primitifs*, t. II, p. 220.

En cuanto á las curiosas consecuencias del Sr. Jaugey, por más que hayan hallado algún eco (1), y que no sean del todo nuevas, pues el abate Moigno las había ya deducido (2), con una simple sonrisa reciben cumplida contestación. ¡Con que una inundación, la más espantosa que se ha visto, no dejó la menor señal por donde pueda reconocerla la ciencia, que ha logrado comprobar otras, relativamente insignificantes y mucho más antiguas! Será porque la Providencia velaba de una manera especial para que los hombres se olvidaran pronto de tan espantoso cataclismo, producido *para castigo y para escaarmiento*. Muchas precauciones debieron sin duda tomarse á fin de que las embravecidas olas no levantaran ni un granito de polvo, y no arrastraran absolutamente nada, purificando la tierra de todas sus inmundicias, sin contaminarse ellas lo más mínimo, permaneciendo puras y cristalinas, para no dejar después ni el menor depósito ni la más insignificante huella, no fuera que algún pícaro geólogo llegara á reconocer que por allí había pasado el dedo de Dios. Pero es el caso, que ahogando á todos los hombres y á innumerables animales, yo no sé que pudo hacerse de sus restos, para que no pudieran ser recono-

(1) Por ejemplo, en Mgr. Lamy. V. *Science Catholique*, Abril de 1889, p. 313 y siguientes.

(2) *Les Splendeurs de la foi*, t. III, p. 1133 y siguientes.

cidos. Quizá estarían preparados numerosos y enormes monstruos marinos para que, como á Jonás, fueran devorando los cadáveres enteros, yendo probablemente á arrojarlos después á... los espacios imaginarios. Y ¡buenos monstruos debían ser para tragarse rinocerontes y elefantes! Aunque es posible que no se atrevieran con éstos, y que por eso los hallemos acumulados en tan prodigiosa abundancia en el *diluvium* de Siberia. Tampoco debieron atreverse con las fieras, cuyos restos, en número incalculable, tuvieron que ser escondidos en los tenebrosos y casi inaccesibles antros, donde los geólogos han tenido la osadía de penetrar y descubrir tales secretos.

No podemos discutir seriamente, repetimos, una hipótesis, que, si algún calificativo merece, es el de pueril y ningún otro. Si alguien desea verla refutada, puede leer en la misma *Science Catholique* (1), las observa-

(1) Números de Enero, Febrero y Abril de 1898. Allí se puede ver una animada discusión, y como el Sr. Jougey se empieza á batir en retirada. «Lejos de procurar destruir los vestigios de sus obras que él ha hecho *in manu forti*» (dice el Sr. Chapron), Dios parece haber procurado muchas veces conservar los testimonios materiales. ¿Qué se podrá responder prudentemente á argumentos tan sólidos como los tomados de las doce piedras que Josué mandó tomar del Jordán para levantar con ellas un monumento en testimonio, del maná y de la vara de Aarón, conservados en el arca; de la mujer de Loth, convertida en estatua de sal; de las ruinas de la torre de Babel, conservadas en el *Birs-Nimrud*; etc. etc.?

ciones de los abates, Robert, Hamard y Chapron, que el ilustrado Sr. Jangey no tuvo inconveniente en consignar, y por lo cual no podemos menos de alabarle grandemente (1).

§. XIV. DIFERENTES OPINIONES ANÁLOGAS Á LA NUESTRA, Y QUE CONTRIBUYEN EN GRAN MANERA Á COMPROBARLA.

EXPUESTO ya y confirmado nuestro sistema, y refutados explícita ó implícitamente los contrarios, queremos terminar recordando á la ligera las muchas hipótesis que han guardado cierta analogía con nuestra tesis, y que concurren por lo menos á revestirla de vehementes probabilidades extrínsecas.

Tan luego como empezó á formarse la Geología, muchos y de los más eminentes sabios creyeron ver en las formaciones cuaternarias que indudablemente provienen de extraordinarias y portentosas inundaciones, los efectos del gran cataclismo que exterminó á la humanidad y asoló toda la tierra. De ahí los nombres de *diluvium* y de *depósitos diluviales* con que semejantes formaciones son aun hoy conocidas en la ciencia.

(1) Puede verse también otra refutación en *Les Temps primitifs*, t. II, p. 218 y siguientes.

Bien sabidos son los nombres de los ilustres geólogos que, á la vez que fundaron la ciencia, quisieron rendir tributo á la revelación; hemos mencionado algunos, y tendremos aún ocasión de ir citando á otros varios.

Pero esa hipótesis, así enunciada, se hizo insostenible, desde el momento en que se demostró que el llamado *diluvium gris* era efecto de muchas y muy diferentes avenidas, acaecidas durante todo un larguísimo período. Entonces las opiniones empezaron á diverger: quien pretendió hacer al gran cataclismo completamente independiente de la Geología y sostener, con el abate Moigno (1), y como el Sr. Jangey (2) ahora, que una inundación tan extraordinaria, no dejó la menor señal por donde pueda reconocerse; quien se esforzó, como el geólogo abate Lambert, (3) en identificar el diluvio bíblico, que fué único, universal, y duró sólo un año, con la prolongada serie de inundaciones parciales, que duran toda una época geológica.

No podían hallar mucho eco opiniones tan absurdas: los hombres más eminentes que se han consagrado á concordar la Biblia y la ciencia, permanecieron prudentemente indecisos sobre cual fué el verdadero efecto del di-

(1) V. *Splendeurs de la foi*, t. III. p. 1133 y sig. *Les Livres saints*, p. 455 y siguientes.

(2) V. *La Science Catholique*, Diciembre de 1887, Enero, Febrero y Abril de 1888.

(3) *Le Déluge mosaïque*.

ludio universal, pero no dudaron que pudiera y debiera reconocerse entre algunas de las formaciones diluviales y erráticas. Huyendo de aserciones prematuras, consideraron solamente la cuestión en general, haciendo ver que algunos de los depósitos cuaternarios pudieron muy bien ser producidos por el diluvio. Con tan laudable reserva, no podían menos de acertar. Entre los sabios que siguieron este camino, podemos citar á nuestros ilustres geólogos, los Sres. Vilanova (1), Landerer (2) y Almera (3), lo mismo que al eminente apologista abate Vigouroux, quien afirma expresamente que (4) «el diluvio mosaico debió ser una de las inundaciones que (en el período cuaternario) contribuyeron á modificar la superficie de la tierra... La Geología no podrá negar la posibilidad del diluvio, antes por el contrario nos ofrece testimonios en su favor» (5).

Otros, dando un paso más allá, quisieron señalar expresamente algunos de los efectos del gran cataclismo. Lograron acertar en

(1) *Geología*, p. 386.

(2) *Explicación del cuadro sinóptico de los tiempos primitivos*, p. 369, en el t. II de los *Anales de la Sociedad Española de Hist. Natur.*

(3) *Geología y Revelación*, p. 464, donde inserta las palabras del Sr. Landerer.

(4) *Manuel bíblico*, t. I, p. 559.

(5) De una manera muy análoga se acaba de expresar el Emo. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 585.

parte, y en parte se equivocaron. El cardenal Wiseman (1) y el abate Gainet pretendieron ver en las piedras erráticas los efectos de la invasión de la mar, que contribuyó á formar el diluvio; y efectivamente, muchas de esas piedras, como probaremos muy luego, no tienen otra explicación; pero hay otras muchas en cuya distribución sólo intervino la acción de los glaciares. El abate Gainet, sobre todo, señala al diluvio otros numerosos efectos, que no le pertenecen de seguro, y son notablemente más antiguos (2).

El abate Thomas (3) va, si se quiere, más acertado; parece indicar primero, aunque siempre de una manera indecisa y confusa, que no todas las formaciones diluviales son efecto del diluvio bíblico, y que solamente le pertenecen las últimas, junto con la capa de lodo. Si así se hubiera expresado siempre, estaría en lo verdadero. Mas enseguida em-

(1) *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada*.

(2) V. *Accord de la Bible et de la Géologie*, c. 11.—*Une hypothese*. En realidad el Sr. Gainet viene á atribuir al diluvio bíblico todas las formaciones diluviales y gran parte de las erráticas; distingue tres periodos en la gran inundación: el primero, caracterizado por la invasión de los mares del Norte, que llevan muchos témpanos de hielo, con grandes pedazos de roca; el segundo, por la tranquilidad de las aguas que cubrieron la tierra, y durante el cual se fueron depositando por orden de densidad, y en todas partes, los materiales del *diluvium*; y el tercero, por la retirada de las aguas, que trastornan los materiales depositados y los arrastran á los valles.

(3) *Les Temps primitifs*, t. II, p. 221 y 222.

pieza á atribuir al gran cataclismo efectos muy extraños, que nada tienen que ver con él. Sin embargo, termina diciendo, con mucha prudencia, que falta examinar si aquellos fenómenos se produjeron sincrónica ó sucesivamente, si fueron producidos por una ó por más catástrofes.

El notable geólogo, abate Hamard, procedió aún con mucho más tino, afirmando simplemente, al impugnar la opinión del señor Jaugéy (1), que en las formaciones diluviales se pueden reconocer los efectos del diluvio bíblico, y más aún, al examinar el libro del Sr. Howorth (2), cuando confiesa que se sintió muchas veces inclinado á pensar, con este autor, que al finalizar los tiempos cuaternarios se debió experimentar una inmensa inundación en todo el Universo.

Y el mencionado Sr. Howorth, al menos á juzgar por las escasas noticias que acerca de su notable trabajo, *El Mammút y el Diluvio*, poseemos, parece ser el que más se acercó á la verdad. «Pasa revista por las diversas partes del mundo, escribe el abate Hamard (3), y pretende comprobar en todas, y en épocas que cree idénticas, las trazas de fenómenos inexplicables fuera de su teoría. En Francia nos muestra acá y allá, especialmente en

(1) V. *La Science Catholique*, Febrero de 1888.

(2) En la misma *Science Catholique*, Noviembre de 1888.

(3) *Ibid.*, p. 764 y 765.

la planicie de Santenay, montones de osamentas pertenecientes á animales los menos habituados á vivir juntos, y desafía á los geólogos á que expliquen semejante aglomeración de otra manera, que por una invasión súbita de las aguas. Invoca además la laguna que, según los jefes de la escuela prehistórica, separó la época paleolítica de la neolítica, los tiempos cuaternarios de los actuales... Insiste, como es natural, sobre el hecho, aún no explicado, de la extinción, probablemente súbita, de los innumerables elefantes, que poblaban en otros tiempos la Siberia, y que alimentan hoy el comercio del marfil fósil. Para él no hay duda que todos estos elefantes fueron sorprendidos por una inmensa inundación. Pasando á la isla de Malta, atribuye á la misma causa la aglomeración, por lo menos chocante, de animales terrestres y marinos, cuyos restos se ven confusamente mezclados en las cavidades de las rocas. Las dos Américas dan lugar á una observación análoga. Allí también la época cuaternaria tiene su fauna especial, más numerosa aún que la de Europa, y cuya desaparición, no puede casi explicarse, por confesión del mismo Darwin, sino por *alguna gran catástrofe*. Lo mismo se nota en Australia y en Nueva-Zelanda; donde vemos un extraño amontonamiento de animales los más diferentes, sepultados de una manera confusa, á profundidades que alcanzan á veces 150 ó 200 piés. Sólo

una inmensa inundación pudo producir tales efectos. La conclusión del Sr. Howorth es, que el diluvio, afirmado por la tradición, lo es aún más por la ciencia contemporánea.»

Como se ve por ahí, los argumentos del sabio Sr. Howorth están tomados de la Paleontología y de la Arqueología; en otro trabajo piensa completar su tesis bajo el punto de vista estratigráfico. Ojalá lo hubiera hecho á la vez, y habría probablemente evitado un gravísimo error, que, según los pocos datos que tenemos á la vista, es casi el único que ha cometido; pero que contribuye á debilitar en gran manera sus fundados argumentos.

El diluvio no acaeció, ni se concibe que pudiera acaecer, entre los tiempos cuaternarios y los actuales (1), separados, no por cataclismos ó inundaciones, sino por una modificación paulatina y gradual del clima, que hizo sucediera, al régimen *extremadamente seco y frío* de la edad del reno, otro más templado y húmedo, de que gozamos ahora (2). La universal inundación se verificó al terminar la edad del *E. primigenius*; entonces se

(1) Los tiempos cuaternarios, tal como suelen entenderse ordinariamente, terminan con la edad del reno; la época actual empieza con la introducción de las industrias neolíticas.

(2) «Bajo el punto de vista geológico, me apresuro á decir, escribe el Sr. Cartailhac, que ningún accidente brusco puede ser invocado para explicar esta separación (de los tiempos paleolíticos y los neolíticos). Lo que comprobamos es la llegada de un período de notable tranquilidad.» *La France Préhistorique*, p. 122.

depositó el loes, que *recubre* todos los animales que el Sr. Howorth, con sobrada razón, reconoce como anegados por el diluvio. La extremada sequedad de la edad del reno, es incompatible con inundaciones considerables, y el frío riguroso y característico no pudo permitir vivieran entonces rinocerontes y elefantes, que vinieran después á ser exterminados en tan prodigioso número.

En vano se invoca, por otra parte, esa laguna que se ha pretendido reconocer entre la edad paleolítica y la neolítica, pues, como veremos á su tiempo, está ya demostrado que esas dos edades se funden una con otra, habiéndose verificado el tránsito de una manera rápida, sí, pero de todos modos bastante gradual. Por más que el Sr. Howorth desecha en absoluto toda división de los tiempos paleolíticos, nosotros probaremos, en su debido lugar, que dentro de ellos es donde precisamente se nota una perfecta interrupción en la industria humana, con la cual empieza la época de la Magdalena, correspondiente á la edad del reno. Entonces hubo también una completa extinción de la única raza más antigua, la de Canstadt, que es reemplazada por otras nuevas; las cuales, lejos de desaparecer en la edad neolítica, permanecen hasta nuestros días.

Y nada importa que á veces los yacimientos paleolíticos primitivos estén separados de los neolíticos, por una capa considerable de

sedimentos, en que no se ve la menor huella del hombre; esto lo que prueba es que, después del diluvio, nuestros países no acabaron de quedar suficientemente poblados, hasta que se verificó la invasión de las razas neolíticas. Los depósitos estériles suelen corresponder á la edad del reno, es decir, á los tiempos que sucedieron inmediatamente al diluvio (1). Por otra parte, al reconocer el gran cataclismo, en una época tan reciente, y casi del todo histórica, no podrá el Sr. Hovvorth dar razón de la antigüedad de las razas humanas actuales que aparecen ya del todo formadas, y poseyendo muy diversos idiomas, en la misma edad neolítica.

Pero corregido ese yerro, gravísimo y trascendental, los argumentos del sabio inglés adquieren gran fuerza, y muchos de ellos, al menos, serán del todo insolubles. Su teoría corrobora enérgicamente á la nuestra. La cual queda además firmementé confirmada con el parecer de tantos otros eminentes sabios, que creen que, en las formaciones diluviales, se pueden reconocer los efectos del di-

(1) Por lo que mira á la capa de depósitos estériles posteriores á la edad del reno, que se notan en algunas cavernas, debemos decir que corresponden á la época en que los hijos de los trogloditas empezaron á abandonar aquellas moradas; pues desde entonces quedaron la mayor parte de ellas por largo tiempo vacías. «La industria de los más antiguos yacimientos neolíticos no se halla, por decirlo así, presentada en las cavernas.» Cartailhac, *lug. cit.*, p. 123.

luvio bíblico; pues si algunas de ellas revisiten los caracteres que á este corresponden, no hay duda que lo son precisamente las que nosotros hemos designado.





CAPÍTULO III.

()

LA REALIDAD DEL DILUVIO DEMOSTRADA
POR LA ANTROPOLOGÍA Y LA PREHIS-
TORIA.

ARTÍCULO I

Al empezar la edad del Reno hubo una completa interrupción y una perfecta sustitución en la industria humana, por lo menos en Europa.

§. I. ESTADO ACTUAL DE LAS SOBREDICHAS
CIENCIAS.



EMOS expuesto alguna que otra de las muchas dificultades geológicas, que en la teoría de un diluvio universal, entendido como nosotros lo entendemos, se resuelven perfectamente, y que no pueden resolverse en ninguna otra.

Ahora pasamos á dificultades de otro orden, queremos penetrar en el escabroso